

Jossie Aspauza

EL DÍA QUE SALÍ A BUSCarme

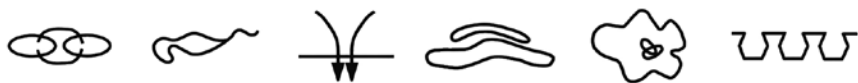


**De una carrera exitosa
a una con mayor significado**

PAIDÓS EMPRESA

Jossie Aspauza

EL DÍA QUE SALÍ A BUSCARME



**De una carrera exitosa
a una con mayor significado**

PAIDÓS EMPRESA

*A ti, padre,
que me empujaste a salir del automatismo,
abrir mi corazón y permitir que ocurra la magia.
A ti, madre, por ser mi inspiración.*

Introducción

Tenía cuarenta y siete años y había alcanzado más de lo esperado. Era vicepresidente y directora general para dieciocho países en una transnacional norteamericana. Y estaba a punto de jubilarme para siempre del mundo corporativo.

¿Por qué dejaría una posición que muchos soñaban y que con tanto esfuerzo había logrado, siendo mujer y mucho más joven que los mismos gerentes a mi cargo?

Esta historia inicia doce años antes, cuando la noticia de la muerte de mi padre descolocó mi mundo interno. En ese momento, me sentía bien con mi vida, tenía un buen trabajo, pero...

- ¿Qué era lo que realmente quería en la vida?
- ¿Quién quería ser?
- ¿Qué era importante para mí?

Mi sueño de niña se había mantenido inmutable: quería ser una gran ejecutiva, pero lo que realmente deseaba era probarme a mí misma que sería capaz de ser alguien en la vida, y, sobre todo, que podría valerme por mí misma. ¿Podría conseguirlo si me quedaba donde estaba y no hacía algo diferente?

Fue así que inicié un proceso de búsqueda. Esa búsqueda que no estaba fuera, sino dentro de mí.

Este es el testimonio sobre cómo fui construyendo mi filosofía de vida, haciéndome más consciente al elegir, mantener y finalmente salir del trabajo que amé en búsqueda de mi libertad, y del encuentro con ese propósito de vida que me permita sentirme cada día más completa.

I

El primer aviso acerca de la enfermedad de papá lo recibí en setiembre del 2005. Mamá me llamó a Barcelona para contarme que tenía cáncer: «Es preferible que vengas a Lima. Su enfermedad está muy avanzada». No lloré, solo actué. Mi padre se iba a morir y yo estaba lejos. Viajé a Lima de inmediato.

Aunque la quimioterapia ya había empezado, mi padre parecía estar bien de salud. Aun así, durante los veinte días de mi estancia en Lima, le pedí acompañarlo a todas sus citas. Cuando estábamos juntos, lo veía con la sonrisa amorosa de siempre y, como si nada pasara, llevaba a la clínica varias carpetas de documentos de la notaría. Mientras que recibía el líquido de la quimio por un brazo, con el otro firmaba una ruma de papeles. Esto me hacía sentir que todo estaría

bien. Jamás hablamos de su cáncer; supongo que era porque ambos teníamos mucho miedo de nombrar lo innombrable. Simular que nada pasaría parecía ser nuestro mecanismo de defensa.

—Cáncer, grado cuatro —me dijo su doctor—. Entre cuatro y seis meses más de vida.

Me quedé sentada en la silla del consultorio sin decir una palabra. Había ido sola a ver al doctor. Mi mamá y mi hermano mayor, Javier, ya habían conversado muchas veces con él. Supongo que ellos querían que escuchara directamente la gravedad de la situación. La noticia era incoherente con la vitalidad que veía en mi padre; sin embargo, según el doctor, el daño era irreparable. Décadas de consumo de cigarro habían diezmado la capacidad de sus pulmones. Pronto dejarían de funcionar y él se iría ahogando lentamente, incluso mientras hacía las tareas más cotidianas.

Salimos mucho aquel setiembre. No me alejaba de él. En verdad, la sola idea de estar lejos me atormentaba, sobre todo porque yo sabía que pronto debía volver a mi vida en Barcelona, lo que sucedió a finales de ese mes. Guardo un correo que me envió días después, un seis de octubre, en el que me agradecía por «las chelitas» que nos tomamos cuando almorzamos en el Regatas y «todos los momentos que estuvimos juntos, aparte de los lugares a los que me acompañaste...». Esos «lugares» habían sido las citas de sus quimioterapias. Ahora que lo recuerdo, durante el tiempo que viví fuera de Perú, papá se había ocupado de imprimir todos los correos electrónicos, cartas, itinerarios de vuelo y fotos que intercambiábamos.

Guardaba en su oficina una carpeta de cada uno de sus hijos: notas del colegio y del instituto, cartas, partes de matrimonio, absolutamente todo. Gracias a su cuidado, hoy puedo saber con mayor precisión qué hicimos juntos en tal o cual viaje. Puedo recordar todo lo que vivimos en esos momentos finales.

Tres meses más tarde, en diciembre, volví a viajar a Lima para pasar la Navidad juntos. Cuando llegué, le pedí a mamá que me llevara directo a la clínica. Había empezado la etapa de deterioro y él ya estaba internado. Al entrar a su habitación, vi que recibía un medicamento por uno de sus brazos. Me quedé ahí unos segundos hasta que advirtió mi presencia. Cuando me vio, estiró el otro brazo para alcanzarme una rosa: «Bienvenida, mi reina», me dijo con una gran sonrisa, con los ojos achinados y brillosos, y con voz grave y amorosa. Sentí un dolor en mi garganta, lo abracé e hice todo lo posible para que no notase mi tristeza.

Me instalé en la clínica durante los próximos días. Había ido a pasar la Navidad, pero sobre todo a acompañarlo. En esa etapa de su enfermedad, ya le costaba hablar, así que todo lo escribía con una letra corrida, casi dibujada. El plan perfecto para él era ver películas; yo me recostaba en la silla al lado de su camilla y las disfrutábamos juntos.

Días después, el veinticuatro de diciembre del 2005, él se las agenció para que su doctor le permitiera salir de la clínica y pudiéramos pasar esa última Navidad juntos en la casa de mamá. Aunque entonces llevaban separados más de treinta años —cuando yo tenía apenas un año y mi hermano

Javier, tres—, mis padres eran muy buenos amigos. Habían logrado casi un milagro. Antes, en fechas especiales como esta, mi papá iba a nuestra casa con su nueva esposa y mis otros dos medios hermanos, y disfrutábamos de la noche juntos. Fue mi madre la que tuvo esa audacia para mantener una relación armónica. Ella sabiamente decía: «Tu padre, su esposa y yo no estaremos para toda la vida, pero ustedes seguirán juntos como hermanos». Esa noche, él llegó en silla de ruedas, acompañado por su esposa y mis dos hermanos menores. Respiraba a través de un balón de oxígeno. Sentía felicidad al verlo, pero me recorrían sensaciones contradictorias. Recuerdo la angustia que me daba el solo hecho de pensar que se podía acabar el oxígeno del balón y que mi padre se podía quedar sin respirar, ahogarse y morir. A pesar de su nueva condición, no dejó de sonreír esa noche; en realidad, no dejó de ser como él siempre había sido cuando estaba con su familia: un hombre feliz.

Regresar a Barcelona esa vez me costó aún más. Tenía claro que era cuestión de días para que sucediera lo que el doctor ya había anunciado. Dos meses más tarde, en febrero del 2006, se cumplió el vaticinio. Nuevamente estaba viajando a Lima a ver a mi padre. Esta vez, ya estaba entubado. Cuando me permitieron ingresar a la unidad de cuidados intensivos, me parecía estar presenciando una película. Ahí estaba él, mi papi, el que nos cortaba las uñas a mi hermano y a mí antes de salir a la calle. El que nos escaneaba las zapatillas, la ropa y el pelo para ver si estábamos limpios, planchados, peinados e impecables, como él lo era hasta para jugar

al fútbol. Sus manos perfectas, uñas al ras: «Jossie Ann, saca el codo de la mesa», «Siéntate derecha». **Él fue la autoridad y la impuso como sabía hacerlo: con amor.** Se me iba mi máximo admirador, aquel que me decía «mi reina» con su voz ronca cada vez que me veía, aquel que me repetía incansablemente que estaba orgulloso de mí.

Falleció a los pocos días de mi llegada a Lima, con tan solo sesenta y cuatro años. A pesar de que estaba entubado, pude despedirme. Sabía que «ellos nos escuchan», así que me armé de valor y con un dolor inmenso en la garganta le dije lo que no había sido capaz de expresarle antes: que le agradecía por haber sido un padre maravilloso, que lo quería y que se fuera tranquilo, pues mis hermanos y yo estaríamos bien.

II

Antes de la muerte de mi padre, yo había pasado cinco años viviendo fuera de Lima. Aterricé primero en Grenoble, al sureste de Francia. Iba acompañando a mi pareja, Michel, porque le habían ofrecido un puesto mundial con sede en esa ciudad. Nos casamos y nos mudamos juntos, pero la convivencia no fue fácil y nuestro matrimonio se empezó a deteriorar. Un año y medio más tarde, esa misma empresa le ofreció un empleo en Barcelona y supusimos que el cambio de ambiente ayudaría a mejorar nuestra relación.

Viajamos con muchas esperanzas, pero al poco tiempo nos separamos y terminamos divorciándonos. Meses antes de nuestro divorcio, empecé a dormir en la otra habitación del departamento y, a pesar de que nuestra relación era

amigable, buscaba empleo con desesperación. Quería tener libertad económica para decidir qué hacer.

En medio de mi búsqueda, vi un aviso que le podía interesar a una amiga australiana, Cristina, a la cual había conocido en Grenoble un año atrás. El puesto encajaba muy bien con su perfil, así que le envié la convocatoria. La entrevista fue inmediata y, por esos azares de la vida, la contrataron. Ella se mudaría a Barcelona y yo necesitaba con quien compartir piso. Era una oportunidad perfecta.

A inicios del 2003 salí de la casa que compartía con Michel para vivir con Cristina. Aunque nos dividíamos los gastos, durante los primeros dos meses aún no conseguía empleo y me quedaban muy pocos ahorros. Sabía que la situación sería pasajera, que encontraría trabajo tarde o temprano y que todo estaría bien, pero no podía evitar sentirme preocupada.

Antes de ese momento había tenido una vida relativamente cómoda. En Lima había vivido en una burbuja, en casa de mi mamá, donde teníamos a alguien que nos ayudaba con las labores del hogar. Ahora debía escoger entre las marcas genéricas de Mercadona —un supermercado que estaba a dos calles de mi nueva casa—, comer lo más barato, que era pasta, para no salirme del presupuesto, y hacer mi vida por mi cuenta. Hubiese podido llamar a mi padre para pedirle algo de dinero, pero preferí no molestarlo. Sabía que él tenía muchos gastos en ese momento y, al fin y al cabo, había sido mi decisión mudarme a esta ciudad y separarme de mi marido. Si era necesario estar ajustada de dinero, lo

asumiría. Era cuestión de tener certeza y de entender que lo que me estaba sucediendo era simplemente perfecto, que era parte de mi aprendizaje. Pensar así me animaba: tenía treinta y dos años y toda la fuerza para superar un reto más.

Encontrar empleo fue más difícil de lo que había pensado. Sin permiso de trabajo, pocas empresas se ofrecían a hacer mi papeleo y dependía enteramente del trámite de residencia que había iniciado la empresa para la que mi entonces esposo trabajaba. Sin embargo, pronto encontraría un lugar para mí, donde me sentiría segura durante los siguientes tres años, hasta que la noticia de la muerte de mi padre cambiara mi vida por completo.

Empecé a ir durante los días de semana a las oficinas de una empresa de *outplacement*¹ con la que había iniciado un programa para que me ayudaran a encontrar trabajo. En ese momento no conocía de qué se trataba el *outplacement*, pero pronto descubriría una herramienta que me acompañaría más allá de mi vida profesional. Me gustaba visitar sus oficinas: tenían una sala con computadoras y era lo más cercano a sentir que estaba trabajando. Eso me animaba. Ahí conocí a Jone, la consultora que estaría a cargo de orientarme en el mercado laboral de España. En mi primera cita con ella —muy novata yo y sin conocimiento alguno de lo que esta compañía podía hacer por mí— le pedí que por favor revisara mi *curriculum vitae* (CV)². Pensaba que quizás ella tendría alguna fórmula o

sugerencia para mejorarlo y que eso me ayudaría a encontrar un trabajo cuanto antes.

Me lo devolvió sin siquiera mirarlo. En su lugar, me alcanzó una carpeta de tres dedos de ancho.

—Todo lo que necesitarás en los próximos seis meses está en esta carpeta.

No niego que me sentí sorprendida y algo desmotivada. No sería la búsqueda de empleo que imaginaba, donde aplicaba a ofertas en las plataformas web, hacía un buen CV y me preparaba para las entrevistas. Necesitaba encontrar trabajo de inmediato y el grosor de esa carpeta me hizo sentir que me demoraría una eternidad. Jone notó mi incomodidad y me dijo:

—Tienes tarea, guapa. **Buscar trabajo será tu trabajo más importante.**

Las siguientes semanas fuimos desarrollando la primera etapa del programa: el autoanálisis. «¿Autoanálisis?!», me dije, sintiéndome como en una consulta psicológica. No tenía tiempo para eso: necesitaba el dinero, pero Jone estaba tan segura de sí misma que supe de inmediato que era una experta y que me ayudaría. No me quedaba otra que dejarme guiar.

Hacía toda la tarea que me pedían, que no era poca: cuestionarios sobre quién era, qué quería realmente y qué podía ofrecer al mercado; ejercicios para ayudarme a identificar mis talentos, lo que me gustaba hacer, lo que me motivaba y más;

y lecturas que devoraba con una vehemencia que hacía reír a Jone. Jamás me había detenido a pensar sobre esto, simplemente mandaba mi CV por todos lados y rezaba para conseguir entrevistas. Esta vez se trataba de mirarme a mí antes de mirar al mercado³.

Desafortunadamente, mi búsqueda se complicó aún más cuando me entregaron por fin mis papeles de residencia. Los documentos no incluían el permiso de trabajo. Lo que al principio serían cuatro o seis meses de trabajo parecía que se iba a alargar mucho más. Jone y yo quedamos sin palabras.

Fue duro para mí: durante los primeros meses, y aunque había desarrollado toda la carpeta, solo había conseguido una entrevista (la cual había terminado abruptamente cuando respondí que no tenía el permiso necesario). En ese momento, mi relación con Jone se había estrechado y me sentí lista para compartirle el porqué de mi angustia, mi relación con mi marido y mis problemas económicos.

Tenía que seguir buscando. A diario tenía a Jone y a su compañera de trabajo Irene —quien era encargada de la prospección de ofertas de empleo— enterradas en correos electrónicos con ofertas a las que había remitido mi CV, por si conocían a alguien en la compañía anunciante que me ayudara a conseguir empleo. En uno de estos correos electrónicos, Jone me pidió reunirnos para conversar antes de que se fuera de periodo de maternidad.

Me citó para el jueves diecisiete de julio del 2003 a las diez de la mañana. Yo sabía que sus vacaciones se acercaban, pues su barriga ya estaba gigante, pero no quería ni pensar en que

se ausentaría por un tiempo. Me sentía bien con ella, se había convertido en un gran apoyo para mí. Siempre tenía una forma positiva de anunciarme los rechazos de mis diferentes postulaciones a empleos, que sucedían casi a diario. En algunos casos no querían contratarme por mi nacionalidad y también ocurría que estaba sobrecalificada (yo tenía seis años de experiencia liderando el área de *Marketing* en mi anterior empleo en Lima y había estudiado una carrera técnica de tres años en Publicidad, un diplomado en Administración de Empresas y luego una maestría en Negocios Internacionales). Cuando esto pasaba, ella me recalaba que era un problema que yo fuera tan «lista». Ella creía en mí, quizás más de lo que yo creía en mí misma.

Ese jueves me dijo que se ausentaría de las oficinas por seis meses, pero además me dio un anuncio completamente inesperado.

—He empezado un proyecto con el gerente general, Pau, para trasladar nuestra metodología a una plataforma digital. He pensado que, en mi ausencia, tú podrías liderar el proyecto.

Me explicó que se trataba de un proyecto de *e-learning*, hizo hincapié en que yo estaba sobrecalificada para esta posición, pero me ofreció tramitar mi permiso de trabajo. «Puedes seguir buscando empleo, porque el tiempo estimado del proyecto es de seis meses». Jamás había desarrollado un proyecto de este tipo, pero entendía de qué se trataba; antes había trabajado en una empresa de tecnología de la información y me sentía cómoda con el lenguaje *techie*. La metodología a la que ella hacía referencia se trataba de la carpeta de ejercicios y lecturas

que yo acababa de desarrollar. En el proyecto, tendría que ser el puente entre las necesidades de la empresa y el proveedor que desarrollaría la aplicación.

Esta propuesta era mi salvación. No podía creer la suerte que tenía, aunque años más tarde entendí que tener suerte no es más que estar preparada para cuando la oportunidad se presenta. Jone me indicó que sería Pau, el dueño y gerente general de la compañía, quien tomaría la decisión final sobre mi incorporación a la empresa. Le reportaría a él en su ausencia. «Él es una persona muy directa, es un visionario», terminó diciéndome.

Al día siguiente me llamó Laura, la asistente de Pau, y me citó en sus oficinas. Pau me entrevistaría durante el almuerzo, al parecer era un hombre bastante ocupado. Me presenté unos minutos antes de la hora acordada. Él se acercó a la recepción, saludó rápidamente y salimos a pie a un restaurante que estaba a dos o tres calles de distancia de la oficina. Caminaba a paso rápido, así es que le seguí el ritmo como supuse que tendría que hacer si trabajábamos juntos.

Era un restaurante de carnes; los mozos lo saludaron, parecía ser un cliente asiduo. No recuerdo ni qué pedí; puede que él haya elegido la comida. Estaba ansiosa por esta conversación. Una vez que ordenamos, me miró y me lanzó su primera pregunta:

—Y tú, ¿quién eres?

Me quedé inmóvil. Luego de meses de preparación para entrevistas en su propia empresa, jamás me dijeron que podían hacerme una pregunta de esta naturaleza.

—Me has sorprendido con la pregunta —le dije—, y eso que estoy entrenada.

Nos reímos y esto me ayudó a relajarme. Le compartí que era peruana, le detallé mis estudios, pero sobre todo le comenté que tenía experiencia en tecnología de la información. Según supe, su empresa sería la primera en el sector de *outplacement* en España en tener este tipo de solución de *e-learning* para desarrollar su negocio. De hecho, **gracias a esta empresa conocí el *outplacement* y me encantaba su misión:** guiaban a las personas a conocerse, a entender el mercado laboral y encontrar el *match* persona-trabajo, ideal para cada uno.

Supongo que le caí bien a Pau y, sin duda, él confiaba mucho en el criterio de Jone, quien me había recomendado. Me pidió empezar a trabajar con él casi de manera inmediata. Ahora sí quería gritar de la emoción.

Con ello podría pagar con tranquilidad el apartamento que acababa de alquilar con mi amiga. El piso medía unos cincuenta metros cuadrados, tenía un solo baño, que había que hacer malabares para no mojarlo entero cuando te duchabas. Cada una tenía su habitación, había una pequeña sala sin comedor, una mesita para dos personas pegada a una mini cocina-lavandería abierta. Era enano, pero no me importaba. Allí me sentía libre.

El proyecto inició y no fue fácil. Había que cambiar la cultura de la empresa al no uso de papel, pero lo fuimos

logrando con el apoyo de Pau. Añadimos funcionalidades a la idea inicial y yo estaba encantada. Siempre me había gustado ir más allá de lo que me pedían, me parecía divertido buscar qué más se podía hacer; si me pedían «a», proponía «a + b». Desarrollamos una plataforma digital que demostró ser poderosa para nuestros clientes (o, como les llamábamos, «candidatos»). Cuando el proyecto estuvo avanzado y marchaba bien, Pau no tardó en ampliarme las responsabilidades: me hizo cargo del área de tecnología de la empresa, me pidió que fuera consultora de *outplacement* para entender el *core* de su negocio⁴, que maneje el desarrollo de su página web, que lidere a los socios de negocios internacionales y cualquier proyecto de innovación de la compañía. Esos supuestos seis meses que trabajaría con ellos se convirtieron en un empleo fijo y en un aprendizaje inmenso.

Estaba contenta conmigo misma: me pagaban bien y había logrado un buen trabajo en el extranjero. Tenía todo: un empleo que me gustaba, una buena compañera de piso que era divertida y le encantaba salir, y un buen grupo de amigos. La gran mayoría de mis amistades eran italianas, estábamos todos lejos de nuestras familias y, aun así, en esa supuesta lejanía, me sentía más cómoda y contenta que nunca. A ellos no les importaba en qué colegio había estudiado, ni dónde había vivido en Lima, y seguro que ni se acordaban de mis apellidos: ellos simplemente se conectaban con lo que veían de mí en ese momento, al igual que yo con ellos. Muy diferente a lo que había estado acostumbrada en Lima, donde al conocer a alguien, por lo general, me sentía ametrallada

de preguntas: en qué trabajas, por dónde vives, eres casada o soltera, tienes hijos o no, dónde estudiaste, etcétera, etcétera. El trato tácito con mis amigos en Barcelona era acompañarnos, divertirnos, ir a bares, cenar, salir a bailar, jugar cartas o tomar sol en la playa.

Mis compañeros de trabajo también me acompañaban, en especial Pilar, la mejor amiga de Jone, de quien me hice muy buena amiga. Almorzábamos juntas durante los días de semana y nos inscribimos a un gimnasio que quedaba a pocas calles de la oficina al cual íbamos después del trabajo, aunque muchas veces preferíamos tomarnos unas cañitas en lugar de hacer deporte. Me encantaba caminar por la ciudad y le había tomado un gusto especial a las tres calles por las que me dirigía a pie todos los días de semana rumbo al paradero del bus que me llevaría al trabajo. Tomaba el libro que tenía entre manos en ese momento y lo leía con emoción en esa corta caminata, en la parada del bus y durante los veinte minutos del trayecto a la oficina.

Durante los cinco meses desde que recibí la noticia de la enfermedad de mi padre, hasta su muerte en febrero del 2006, Pau fue absolutamente compresivo conmigo. Yo trabajaba en línea, sorteando entre una tristeza abrumadora y las ganas de continuar con mi trabajo. Pero esto último se agotó en mi regreso definitivo a Barcelona. Ahora solo sentía un vacío profundo, como si viviese flotando sin tocar tierra firme.

NOTAS:

- 1** Una empresa de *outplacement* se dedica a la recolocación de empleados que han sido desvinculados de sus empresas o que se están reinsertando en el mercado laboral.

- 2** Como debes saber, el *curriculum vitae* es un resumen escrito de tus experiencias académicas y laborales y de tus habilidades como profesional.

- 3** Una de las primeras etapas en el proceso de *outplacement* consistió en realizar mi autoanálisis. Entender mi trayectoria profesional, logros, motivaciones, y a partir de eso definir un objetivo claro, que estaría en la intersección de aquello que sabía hacer, aquello que me gustaba hacer, aquello por lo que me pagarían y aquel lugar donde podría hacerlo.

- 4** El *core business*, o *core* del negocio, son las actividades de mayor valor de una compañía, las que le dan ventaja sobre sus competidores y moldean su tipo de negocio.
